La novela selecta

Nº 1

80 cts



EL

LA NOVELA SELECTA

VICTOR RIPALDA

El pájaro azul



AÑO I NÚM. 1

I

ESO DEL PAJARO AZUL

No es que a Luisita la conociera nadie con el remoquete de "El pájaro azul"; tampoco que se considerara ella digna de ser llamada de tan linda manera. Es que a nosotros, es decir, a quien va a contaros alguna de las aventuras de Luisita, nos ha parecido que ningún nombre cuadraría mejor en ella ni daría más exacta idea de su carácter, de sus bondades y de su generosidad, que ese con que le hemos bautizado nosotros. Sabido es que el "pájaro azul" es el símbolo de todos los ensueños de felicidad y que toda ilusión va prendida en las invisibles alas de este jilguero que todo el mundo desea apre-

sar y que son contados los afortunados que aciertan a retenerle entre sus temblorosas manos. Si dijéramos que "el pájaro azul" no existe en la realidad y que su creación es pura fantasía más o menos tangible en los momentos de exaltado delirio, quizá no mentiría nuestra pluma. Todos llevamos dentro las alas impalpables del pájaro azul de la felicidad y con ellas volamos más o menos alto, según sean nuestros anhelos y nuestras ansias, pero son muchas las ocasiones en que cuanto más espacio ganamos llevados por el ímpetu de nuestro corazón abierto a la esperanza, más terrible y dolorosa es la caída al despertar del ensueño en pleno y deleitoso vuelo.

Si hemos dado, pues, en llamar "Pájaro Azul" a nuestra encantadora protagonista, a pesar de no creer en la existencia orgánica de tal ave, nuestras razones tendremos.

Y estas razones, para ser breves, las resumiremos en tres premisas escuetas:

Primera: porque Luisita no estaba nunca quieta en lugar alguno y siempre iba volando en busca de nuevos espacios.

Segunda: porque, estuviera donde estuviera, sembraba a su alrededor la felicidad, sin condiciones, por el gusto de esparcirla.

Tercera: porque al levantar de nuevo el vuelo, la felicidad desparramada se cobijaba bajo sus alas y huía con ella, dejando sumidos en el desconsuelo a cuantos afortunados habían podido gozar las mieles de su generosidad.

Por estas tres razones al autor de estas cuartillas le ha parecido bien adjudicar a su travie-

sa protagonista el nombre de "El pájaro azul", más propio, quizá, de una heroína de cuento de hadas, que de una mujer que, a pesar de sus bondades, a pesar de su buen corazón, era todo carne y todo fuego, como ocurre con la joven solterona cuyas aventuras describiremos brevemente en este número de "La Novela Selecta".

II

LUISITA VISTA DE CARA

Luisita, cuando cumplió los veintitrés años, hubo de enfrentarse con un problema que la dejó aturdida por unas horas: Ramón, su novio, se había doctorado y quería casarse.

—Somos ricos—la dijo;—tú has cumplido los veintitrés años yo me acerco ya a los treinta; tú, para ser algo, has cursado la carrera de filosofía y letras; yo la de ingeniero. Ni tú ni yo hemos de ejercer, ya que nuestras rentas son más que suficientes para que no turbe nuestra felicidad la más leve preocupación monetaria. Además: eres huérfana y has de confiar en la honradez de tus tutores y de tu ama de llaves. Me quieres y te quiero; llevamos tres años de relaciones, tiempo más que sobrado para que nos conozcamos los caracteres y sepamos a qué

atenernos con referencia a los mismos. ¿No opinas, Luisa, que ha llegado el momento de casarnos?

Luisa, que escuchaba a su novio bajo las floreciidas ramas de una mimosa y que, a pesar de la cruda temperatura, tenía entre sus manos la desnuda verga del muchacho, cesó en su movimiento de vaivén y quedóse perpleja ante aquella inesperada salida.

—¿Casarse? ¿Casarnos? — preguntó casi con susto, soltando lentamente, como si libertara un pájaro, la enhiesta pieza que tenía aprisionada. — ¿Has dicho casarnos, Ramón?

—¿Te extraña?

—No... realmente... es lo natural... claro, los novios un día u otro han de casarse; pero, así... de golpe...

—No es de golpe, Luisa. Te repito que nuestro noviazgo dura ya tres años... y te recuerdo que durante este tiempo te has mostrado tan avara, tan... tan honesta...

—¿No es ese mi deber? ¿Me querías un pingo?

—Al revés, Luisa mía. Precisamente tu honestidad, tu recato, es lo que más me agrada de tus incontables virtudesy es por ello que deseo que seas pronto mi esposa. Hazte cargo que en tres años de relaciones no hemos pasado de aquí, de tus dulces labores con la mano y eso, lejos de calmar mis deseos, los exalta, los hace más briosos e indomables y acabaría haciendo contigo una barbaridad.

—¿No sigo, pues? — preguntó ella, mirando a su novio con sus ojazos de ingenua y abriendo

la manita que de nuevo se había apoderado del enfurecido vergajo.

—No... si no es eso... O yo no me explico, o tú no me comprendes, Luisilla de mi alma. Sigue, sigue, mientras procuro aclararte mi situación.

—¿No te exaltarás? ¿No harás una barbaridad conmigo?

—No, ángel mío. Cógela bien. Sacúdela con suavidad. Poquito a poco, para que dure más esta delicia. ¿Dejas que meta yo la mano?

—¿Meter la mano? ¿Dónde, Ramón?

—Bajo las faldas. Entre los muslos.

—¿Y tocarme la... la...? No, no, ya sabes que esto no lo quiero. Tú no debes pedirme estas cosas.

—Te gustará mucho, tonta. ¿Quieres? Ya verás qué gustito te doy con el dedo.

—No, Ramón; mi cosa no la toca nadie. Eso sería un gran pecado. ¡Tocarme la... la...! ¡No, no!...

—Voy a ser tu marido, nena y un marido tiene derecho a tocar.

—Ni cuando lo seas. Esas cosas no son para tocadas, cochino.

—Deja, pues, que la vea.

—Ni para vistas. Bien claro me lo tiene dicho el padre Carlos: la mujer honesta no debe dejarse tocar ni mirar sus inmidades por nadie. El recato y el pudor son las más estimables virtudes de la mujer. La mano del hombre no debe profanar sus secretos íntimos.

—¿Ni aun la del marido?

—Con éste, dice el padre Carlos, haces lo natural y bajo las sábanas, que una cosa es cum-



Dos o tres pasadas más...

plir con los deberes conyugales y otra muy distinta comportarse como una ramera. ¿Tú quieres que tu mujer sea una ramera? ¿Cómo es posible Ramón mío, que me pidas estas cosas?

—¡Qué inocente eres, encanto mío! ¡Cuán felices vamos a ser una vez casados! ¡Eres la misma flor de la inocencia!

—¿Lo ves, tonto, como el padre Carlos me aconseja bien?

—¿Y eso que me estás haciendo, te autorizó él a realizarlo?

—Eso no se me ocurrió consultárselo ni... se me ocurrirá nunca hacerlo, porque me diría que no y yo comprendo que tú necesitas algún desahogo para esperar a la boda.

—¡Qué buena eres, nenita! Acércate... dame los labios... un beso... otro... más fuerte... mueve la mano ahora... más, reina mía. Cógela fuerte... estrújala... nena mía... Ya... Qué dulce... Ahora... Lui...l...sa.

Un chorro violento surgió de la manga de riego en tanto los labios de él y de ella se aplastaban en una succión rabiosa, frenética...

Ya al despedirse, Ramón insistió:

—¿Nos casaremos pronto, nena?

—Ese sería mi gusto, Ramón, te lo juro; pero ya sabes que el padre Carlos y don Simón son mis tutores y consejeros y no tengo más remedio que consultarles en asunto de tanta importancia.

—Hazlo cuanto antes. No creo que haya obstáculo, ya que uno y otro son buenos amigos míos y de mi familia. Además, ya sabes que para estar bien con el padre Carlos, es también mi

confesor y siempre le hablo de ti y de mis fervientes deseos de hacerte mi esposa. El opina que, ya doctorado, la ocasión de casarse es oportuna. ¡Es tan comprensivo el padre Carlos!

—Ya lo sé, Ramón mío. Yo también le hablo de ti y nunca ha puesto el menor reparo a nuestros proyectos. Dice que eres muy buen chico y que Dios coronará nuestros anhelos.

—Adiós, nenita de mi alma. ¿Un beso?

—Los que quieras, dueño de mi corazón.

III

LUISITA VISTA DE CRUZ

Y este era el problema que con caracteres graves y urgentes se le planteaba a Luisilla: los apremios de Ramón para abrir con su llave maestra la cerradura de la felicidad que tenía ella entre los muslos. Porque, casarse, conlleva inevitablemente esto: abrirse de muslos y esperar la embestida del toro.

—¡Mi madre, qué conflicto! — comentó una vez sola. — ¡Claro! Tarde o temprano había de llegar... ¿Cómo diablos podré salir de este apuro? ¡Casarme! ¡Mi madre! ¡Dejar que con toda ilusión me meta la llave y luego...! ¡Rebordones, qué atrocidad! ¡Me mata! ¡Vaya si me mata!

Pensativa, sin que en su mente asomara una luz que aclarara el obscuro panorama que a sus ojos se ofrecía, tomó el teléfono.

—¿Quién?

—Soy yo: Luisa; avise a don Simón.

—Hablas con él, "Sisilla".

—Ven cuanto antes: hay juerga.

—¡Qué ansiosa! Recuerda que ayer...

—No me entiendes, viejo: quise decir que hay jaleo por todo lo alto.

—¿Qué ocurre?

—Casi nada: que Ramón quiere casarse.

—Eso lo sabemos todos.

—Es que quiere casarse en seguida.

—No veo la razón de tanta prisa. Quien esperó tres años...

—Sí, pero, por lo visto la pierna corta se le pone larga con excesiva frecuencia y tropieza con ella al andar. Date prisa y ven, que hablaremos.

—¿Te mando un beso?

—¿Dónde?

—¿Dónde ha de ser, castiza? ¡En la mismísima rajita!

—Espera que me ponga allí el auricular... ¿Lo mandaste ya?

—Sí, calentota.

—Pues anda, ven, que me lo quitarás con la lengua.

Ya van viendo nuestros lectores que si Luisilla vista de cara parecía un angelito, vista de cruz va resultando un verdadero diablillo. Y conste que de la misa no saben siquiera la mitad. Pero no se apuren, que este cura la cantará toda sin omitir el más insignificante detalle.

* * *

—Ahí me tienes, "Sisilla". Cuenta, que quiero saber tus apuros para buscar una solución que nos permita ir tirando.

—Lo que te he dicho: que Ramón quiere casarse.

—¿Y tú, qué dices?

—Que por ahora no me pica la sarna del matrimonio. Que estoy bien así y que es deseo mío no complicarme la existencia.

—Vamos a ver, vamos a ver, calentona. Siéntate aquí y cuéntame.

Luisa se sentó sobre los muslos de su tutor, un viejo verde más sabio que Salomón en el arte de hacer feliz a una mujer, y aguardó a que él preguntara.

—¿Tú quieres a Ramón?

—No hagas preguntas tontas, viejo: yo quiero a todos los hombres y no tengo porque no querer a él.

—No me entiendes. ¿Le quieres bien?

—¿Eso qué es? ¿Con qué se come?

—Quiero referirme a si le quieres con el corazón.

—¿El corazón? ¿Por dónde cae eso?

—Supongo que por aquí — aclaró don Simón apartando la bata y dejando al descubierto el pecho de su pupila.

Ella le miró con gachonería, hizo saltar sus opulentas mamas y repuso con un guiño:

—Yo creí que por aquí lo que tenía era una de mis tetas.



—Arquea los muslos, que lo vea bien

—Sí, pero debajo...

—¿Debajo de la teta? A ver, busca si hay algo.

Don Simón se agachó hasta colocar el rostro bajo la hermosa mama y con los labios y la lengua se entretuvo allí un buen rato, mientras ella le refregaba el pezón por la oreja. Cuando el viejo se incorporó Luisilla le preguntó con adorable ingenuidad:

—¿Diste con el corazón?

—¡Qué loca eres, "Sisilla"!

—¿En seis años que vienes "trabajándome" descubres ahora mi locura?

—Es que ya no sé quién de los dos lo es más. Bien, dime: si no quieres a Ramón con el corazón, ¿le quieres por lo menos con esto?

El viejo sátiro había introducido la mano entre los muslos de la nena y con el dedo hurgaba en la amplia pernera del pantalón para indicar el punto a que quería referirse.

—¡Claro que sí!

—¿Pues?

—Ya te lo he dicho: que no me pica la sarna del matrimonio.

—Pero has de comprender, "Sisilla" de mi alma, que el pobre muchacho se derrite, que arde en deseos de poseerte, que tú cada día estás más irresistible y que si no quieres matrimoniar con él deberías acabar este asunto de una vez.

—No puedo; necesito a Ramón, pero no para marido. No quiero ataduras. Soy pájaro libre y soy lo suficiente decente para no ponerle cuernos al hombre que me lleve al altar.

—No te comprendo.

—¡Cuidado que eres fresco, viejo! ¡Me estás

hablando de que me case con otro mientras tú me estás metiendo el dedo en el moño! ¡Caray con el hombre!

—Lo que yo te hago, en realidad y bien estudiado, no es ponerle cuernos a otro. Recuerda que yo jamás te pedí lo que una mujer honrada debe guardar para su marido.

—Me gusta la seriedad con que lo dices. ¿Qué ibas a sacar con pedírmelo, si, caso de otorgártelo, no tendrías... elementos para tomártelo?

—Eso es ahora, pero, cuando empezamos...

—Entonces era yo muy jovencita y tuviste miedo, bribón, que bien me la restregabas y aun, de vez en cuando, me metías un poquitín la bellota.

—Bueno, eso no llega a la cornamenta. Tú eres tan virgen como el día que te conocí. Puedes ir al tálamo cubierta de pies a cabeza de flores de azahar.

Luisa quedóse mirando al viejo y estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Bueno, mira — comentó para desviar el diálogo, — si sigues dándole con el dedo, vas a tener que amorrarte muy pronto y ya sabes que esto me gusta que se prolongue lo más posible. Dime una cosa, viejo: ¿qué opinas de mis tetas? Miralas bien.

Don Simón las miró un buen rato, las besó delicadamente y afirmó con decisión:

—¡Estupendas!

—Míralas bien y pálpalas; eres buen conocedor y quiero hacerte una consulta. Dale, primero, una buena chupada al pezón, para que se salga y ponga tieso.

Hizo el viejo cuanto le decía la chiquilla sin acertar a descubrir la causa de aquellos preparativos. Ya listo de su detallado examen, Luisa se puso de pie, se arremangó la bata, se quitó los pantalones y de espaldas al viejo, prosiguió.

—Ahora mírame esto sin ponerte nervioso.

—¿El culo?

—Más que el culo, las ancas.

Don Simón movió lentamente la cabeza y comentó, apesadumbrado:

—Veo a lo que vas, chiquilla. Hoy estás cachonda perdida y te has propuesto una cosa que no la lograrás por más esfuerzos que hagas: mi badajo no lo levantas como no sea con una grúa.

Le miró ella al soslayo por encima del hombro, ciñóse al talle la bata y regañando y oscilando el culo insistió, ásperamente:

—Mírame las ancas con todo detenimiento y no te hagas ilusiones. Lo que tú crees es una estupidez. A ti te quiero por la lengua; lo demás no me interesa.

Dió un lento paseo por la habitación moviendo sus portentosas ancas, fuertes, salientes y movedizas, luego, dejó caer la bata con displicencia, se sentó espatarrada en un diván con los tacones apoyados en el borde del asiento, enseñándole al viejo su peluda entrepierna y continuó dudosa.

—Ahora, arrodíllate y mírame esto.

—Bastante visto lo tengo.

—Hoy has de mirarlo de otra manera; sin lujuria, sin deseo, sin sacar la lengua. Con la minuciosidad y la desconfianza con que mirarías

con la lupa la firma de un pagaré que te pareciese dudoso.

—Tienes unas manías — barboteó don Simón echando al suelo un almohadón y dejándose caer de rodillas.

Luisilla esperó con los muslos abiertos y los ojos entornados. Don Simón estaba que echaba chispas y sin poderlo evitar, metió la cabeza y sucó la longua. Ella le apartó de un taconazo en el hombro que por poco le derrumba.

—No quiero eso. Te he dicho que me lo examines con toda atención. Nada más.

—Pero, hija mía de mi alma, ¿qué quieres que mire y examine si de sobra sé que tienes la rajita más linda del mundo?

—¡No seas pelmazo, Simón, no seas pelmazo y haz lo que te digo!

—Bien: ya lo miro.

—Aparta los pelos.

—Ya están.

—Abremela con los dedos y examina bien su interior.

—La gloria, nena, la gloria...

—¿Lo has visto bien?

—Lo estoy viendo princesa; viendo y admirando.

Un nuevo taconazo en el hombro, el viejo rueda esta vez por el suelo y Luisilla va en busca de un pitillo, lo alumbra, echa al espacio una densa columna de humo y pregunta:

—¿Vas a poder evacuar mi consulta?

—Habla.

—Me has examinado las tetas, las ancas y la raja. Te dije que lo hicieras sin deseo y sin lu-

juria y con el propósito de formarte opinión sobre las tres cosas.

—Así lo hice, nena.

—Bien: ¿y qué me dices?

—¿De qué?

—De esas tres cosas.

—Pues... pues... que son las tetas, las ancas y la hucha más tentadoras que en mi vida he visto.

—¡Eres un bestia! Te pregunto si opinas que puedo ir al tálamo cubierta de azahar de los pies a la cabeza.

Don Simón se dió un manotazo en la frente.

—¡Ahora sé a lo que vas!

—Pues contesta.

A don Simón, en aquel momento, se le vino el mundo encima. Miró fijamente a Luisilla y preguntó a su vez:

—¿Puedo hablar claro?

—No pido otra cosa.

—Pues bien, Luisilla... la verdad... de un tiempo a esta parte... noto en ti unas maneras... unas indolencias... unas flexuosidades... unos desarrollos...

—Impropios de una mujer virgen, ¿no es eso?

—¿No te enfadarás?

—¡Habla de una vez!

—Pues bien... sí... A veces, en mi interior, he pensado: no sé, pero Luisilla está muy desarrollada, muy mujer... como... ¿no te enfadarás?

—¡Habla, avestruz!

—Pues... pues... como si se acostara con algún hombre... Como si dejara que le metieran... Ahora mismo, al mirarte la... eso... la tenías tan abierta... tan...

—¡Basta! Ya sé lo que quería. Puedes marcharte cuando quieras, viejo.

—¿Marcharme, "Sisilla"? ¿Te enfadaste?

—Al revés: estoy muy contenta.

—Pues... pues no me eches así, nena. Piensa cómo me has puesto... Tanto mirar... Tanto tocar... ¿No quieres que...?

Don Simón asomó el estilete de la lengua entre los labios y la movió como el rabo de una sabandija

—Es que hoy...

Iba a decir algo Luisilla que luego le pareció mejor silenciar y con displicencia autorizó:

—Bien: despáchate y ponme a tono.

—¿A tono? ¿A tono de qué?

—No te preocupe. Ves a lo tuyo.

—¿Dónde, princesita?

—Ya sabes donde me gusta.

—¿Ante el espejo y tú de pie?

—Eso. Me ilusiona mucho verte trabajar reflejado en la luna.

Situóse ella frente al espejo, se arremangó la falda hasta la cintura, colocóse con los muslos en arco y un tanto encogida, en actitud de sentarse y aguardó a que el tutor iniciara su delicada labor. Don Simón se quitó la chaqueta, echó un cojín entre las piernas de la mocita y se arrodilló dispuesto a la tarea.

—Espatárrate bien, rica, que quiero trabajar con holgura y comodidad. Estas cosas son muy serias y hay que hacerlas a conciencia.

Luisilla arqueó los muslos, hechó fuera el regazo y dándole un golpecito con el moño al rostro del viejo, le preguntó:

—¿Lo tiene bien así su señoría, glotón?

—¡Ay, ladrona! ¡Me lo como! ¡Vaya si me lo como!

Con un peinecito que extrajo del chaleco peinó a lado y lado el negro matorral y ya bien libre de estorbos la grieta, pasó por ella la lengua de abajo a arriba.

Detrás de Luisilla había un butacón de espaldas a ella y la mocita se apoyó en él para dar mayor salida a la peluda montañita de entre muslos.

Dos o tres pasadas más con la lengua para avivar la brasita sexual de la nena y ya ésta en su punto y con los bordes insuflados y enrojecidos, la lengua dejó de trabajar y entraron en funciones los labios. Estos hicieron presa alrededor de la gruta que quedó materialmente empotrada en la boca del viejo, a manera de un tapón introducido en una botella y ya dueño de la situación, el sátiro inició unas intensas succiones, acompañadas de fuertes golpes de lengua en mitad de la grieta. La sensación era terriblemente deleitosa. La lengua y los labios realizaban una combinación de conjunto imposible de serresistida, pero Luisilla deseabá reservar sus energías para luchas de mayor envergadura planeadas para poco después, y mentalmente hacía esfuerzos titánicos para no entregar al viejo lo que otro aprovecharía mucho mejor. Don Simón trabajaba incansable mientras con una mano sacudía su lacio pingajo para darse gusto a sí mismo. Poco a poco los dos contendientes iban entrando en el calor del combate. Ella miraba en la luna al viejo sátiro amorrado al ma-



—¡Más fuerte! ¡Que deje cardenal!

torral y se complacía refregándole la pelambrera por el rostro y apretándole la cabeza con las manos contra el regazo como si quisiera asfixiarlo.

En el fragor del combate vió Luisa que el viejo le señalaba con el dedo que hiciera lo acostumbrado.

Ella se negó.

—No quiero. Hoy no estoy para filigranas. Además, estas cosas, si una no está muy cachonda, resultan una cochinada.

El viejo insistió en que sí y señaló con la yema del dedo que lo hiciera un poquitín.

—Bien, te soltaré un chorrito, pero nada más, guarro. Agáchate un poco.

Don Simón sin soltar la presa, se deslizó sobre el pavimento y Luisilla fué sentándose hasta quedar casi en cuclillas. Pasaron unos segundos en los que labios y lengua del viejo trabajaban con frenesí, hasta que Luisilla le soltó un chorro de orina en plena boca.

—¿Te gusta, puerco?

El viejo hizo que sí.

—¿Están buenos, cochino?

Nuevo asentimiento de don Simón que lamía y succionaba enloquecido la linfa salobre de los orines.

—¿Quieres más?

Don Simón asintió con la cabeza y Luisa le soltó un chorro impetuoso que casi le ahogó.

—¡Toma, guarro! ¡Hártate, vicioso! Toma más. Trágatelos todos, viejo corrompido.

Satisfecho ya don Simón, golpeó cariñoso las nalgas de la nena y como aquellos golpes eran

una señal convenida, Luisa se incorporó hasta quedar de pie, se volvió de espaldas al viejo y acodada en el respaldo del butacón le ofreció el culo bien regañado. Don Simón separó las nalgas con las manos, besó dos o tres veces el ya excitado hoyuelo y metió en él la lengua. Luisa miraba en la luna la labor de aquel sátiro y le llenaba de insultos.

—¡Cochino! ¡Marrano! ¡Meterme la lengua en el culo! Puerco.

Estos insultos excitaban enormemente a don Simón que hurgaba culo adentro con el rostro aplastado contra las nalgas de la muchacha, en tanto que su diestra no cesaba de sacudir el pingajo. Ella meneaba el culo y lo ofrecía para que el ojo quedara bien abierto y la lengua entrara hasta lo más hondo.

De pronto el viejo se agitó epilépticamente, lanzó unos rugidos broncos y cayó sobre el pavimento entre espasmos y colapsos.

Ella dejó caer la bata, se miró en el espejo, ordenó un poco sus cabellos y salió de la habitación sin dignarse siquiera saludar al loco sátiro.

IV

LUISILLA, VISTA DE CANTO

Porque, Luisa, como los duros, además de cara y cruz, tiene también canto. Y quizá sea este el lado más interesante de su complicada existencia.

El canto de Luisilla cuidó de labrarlo y cincelarlo el padre Carlos, su confesor, tutor y director espiritual, gran artífice para estas cosas.

El padre Carlos es un fraile carmelita de esos llamados descalzos, pero que usan sandalias. Alto, de cerca dos metros y de una complexión imponente, cuenta como devotas suyas la flor y nata de las damas aristocráticas de la ciudad. Tal será la demanda para que acuda a confesar ricachonas, que al fin hubo de establecer turno riguroso y no recibir más que una confesión diaria.

—¿Tantos pecados cometen vuestras devotas — le pregunta el padre prior, verdaderamente intrigado — que no podéis absolver más que a una de ellas diariamente?

—No es eso, padre. En eso de los pecados no es la cantidad sino la calidad lo que pesa. ¡Y entre mis aristócratas las hay con cada pecado! ¡Dios santo, si se lo vierais, padre!

—¿Muy negros?

—¡Negrísimos! Claro que también los hay rubios, pero muy pocos, muy pocos...

* * *

Era viernes aquel día y, por lo tanto, el que le correspondía de turno a la muchacha para su confesión co nel padre Carlos. Este, como de costumbre, al dar las cinco hizo su entrada en el palacio de la huérfana Luisa de Arciniega de los Cabrales y la sirviente le tenía ya preparada la merienda.

—¡Ja, ja! — celebró el frailaz repantigándose en el sillón de baqueta y contemplando los ricos manjares esparcidos sobre la mesa. — ¡Jamoncete serrano, foie-gras, una pechuguita de pollo, un pichoncete, confituritas y una botella de añejo! ¡Eres una gran mujer, Gertrudis! ¡Sabes mucho de eso!

Gertrudis, la criada, una viuda próxima a los cuarenta años y con un culo y unas tetas que no podían mirarse sin experimentar deseos irreprimibles de meterles mano, escuchaba complacida los elogios del padre que, refregándose las manos, se disponía a devorar aquellas exquisiteces.

—Ya sabe el padre Carlos — comentó la jamona — que mientras esté yo aquí, lo mejor de la despensa será siempre para su merced.

—Gracias, Gertrudis, gracias — aprobó el fraile muy satisfecho. Y dando a la criada unas cariñosas nalgaditas, añadió: — Eso me gusta, eso. Obra así y aquí estarás por los días de los días.

Mientrasel padre iba comiendo y libando, Gertrudis daba vueltas por la habitación, deseosa de decir algo que no se atrevía a exponer. Al fin, con voz emocionada, insinuó:

—Si su reverencia me lo permitiera...

—¿Qué? — hizo el reverendo, masticando una sabrosa lonja de jamón.

—Un favor... un gran favor...

—Habla, mujer. Ya sabes que te aprecio y en lo que pueda serte útil...

Gertrudis miró a la puerta, para convencerse de que nadie les escuchaba y arrimándose al fraile dijo, dándole un codazo en el hombro y con intención clara y definida:

—Pues... pues... que me gustaría mucho que, cuando a su merced le pareciera bien me tomara confesión.

Acabó el fraile de masticar el jamón, vació el vaso de vino hasta no dejar una gota, secóse los abultados morros con el dorso de la mano y, arrellanándose enel sillón, quedóse mirando a la criada. No estaba mal Gertrudis. Casi tan alta como él, un tantico mofletuda, ojos grandes y umbrosos, un leve bozo en el labio superior, ancas altas y briosas, culo firme, tetas abundosas, muslos fuertes, pantorras abombadas, brazos



Se arrodilló entre sus peludas piernas

gordos y tersos. ¡Buena vaca para el toro que era fra Carlos!

—Te diré, Gertrudis, te diré — repuso el reverendo alisándose las barbazas. — Por mí, te la tomaba ahora mismo, seguro de poderte echar una buena absolución, pero...ponme vino...

Apresuróse Gertrudis a complaçer al fraile, vació éste el vaso y continuó:

—Tú ya sabes... me debo a una Orden... he de obedecer ciegamente las instrucciones del padre prior y... dime: ¿para qué quieres que sea precisamente yo quien te tome la confesión? ¿No podría ser otro padre cualquiera?

Gertrudis enrojeció y musitó, con voz apagada:

—Me daría mucha vergüenza, padre. Mi pecado es de carácter muy íntimo y no me vería con fuerzas para confesárselo a otra persona.

—Los confesores no somos personas, Gertrudis, somos representantes de Dios y a todos se nos pueden y se nos deben confiar los pecadillos sin el menor reparo. Ponme vino y alcánzame ese pichoncete.

Gertrudis llenó de nuevo el vaso y doblada sobre la mesa trató de alcanzar la cazoleta del pichón, guisado con una salsa de pimentón, pimienta, clavos y bien untado de mostaza. La cazoleta estaba algo distante y al doblar el cuerpo, el culo de Gertrudis quedó muy violentado. Los ojos del padre relucieron ante aquella sabrosa visión y su mano acarició las redondas nalgazas. Gertrudis permaneció quieta y el padre se recreó palpando muslos y pantorras y pellizcando las rotundas nalgas.

—Bien, Gertrudis, bien — habló después de un buen rato de palpoteo, — habremos de buscar la manera de dejarte limpia de pecado. No quiero que a mi lado sufra nadie y menos tú que tan bien cuidas de mi persona.

La maritornes había colocado ya la cazoleta del pichón ante su reverencia y el padre lo llevó entero a lab oca. De un mordisco desgajó la mitad, que masticó con verdadera fruición. Apuró luego el vaso, se repantigó en el sillón, se rascó el armamento por encima del hábito y con las manos trenzadas sobre el abdomen, preguntó:

—Vamos a ver, Gertrudis, no en plan de confesión sino de simple confidencia, dame una orientación sobre la clase de pecado de que quieres confesarte.

Ahora si que enrojeció Gertrudis como un tomate.

Fra Carlos, de un bocado, se tragó el resto del pichón, tomó la botella del vino y bebió un buen trago a chorro. Luego insistió:

—¿Has oído, Gertrudis?

—Es que... Es que me da mucha vergüenza, padre.

—No es preciso que detalles. Hoy no me es posible tomarte confesión porque la señorita Luisa me está aguardando, pero si me orientas y veo que realmente necesitas de mis auxilios, procuraré buscar un hueco en mis días para complacerte. Habla sin preocupaciones, que cuanto digas ha de quedar entre tú y yo con sólo Dios por testigo.

—Es que mi pecado...

—Arrímate y confíamelo al oído.

Gertrudis se acercó al padre y éste, para que se confiara, lo pasó el brazo alrededor de las nalgas.

—Habla, cordera, que el pastor te escucha.

—Pues... pues... es el caso, padre, que... todas las noches me asaltan malos pensamientos y, sin poderlo evitar, contra mi misma voluntad, se me escurre la mano y comienzo a hurgar con el dedo en cierto lugar pensando, ¡oh, Dios mío!, pensando en su reverencia...

La mano del fraile se hincó rabiosa en una nalga de Gertrudis para soltarse después y volver a cruzarse con la otra sobre el abdomen.

Hubo un prolongado silencio. El hábito del fraile oscilaba ostensiblemente en el regazo por efecto de una presión y depresión internas.

—Dime, Gertrudis — pudo hablar al fin fra Carlos sin emoción en la voz. — ¿Y dónde hurgas con el dedo?

—¡No, padre! ¡No me haga decir eso!

Otro silencio. Luego:

—Bien, comprendo tu embarazo; en lugar de decírmelo, enséñame dónde hurgas.

—¡Oh!

—Te ruego que abrevies, Gertrudis, porque he de acudir a mis obligaciones para con la señorita. ¿Me lo enseñas?

Confusa, temblorosa y con los ojos cerrados, levantó Gertrudis sus amplias sayas hasta el ombligo y mostró al fraile su espeso y negro matorral.

—Arquea los muslos, que la vea bien.

Obedeció la criada y fra Carlos se regodeó

buen rato mirando y admirando el interesante panorama.

—¡Vaya pecadote el tuyo! — exclamó, dando un cariñoso tironcito a la pelambrera. — Lástima y grande que no pueda tomarte confesión ahora mismo, Gertrudis, porque te aseguro que te echaría una buena absolución.

—Si el padre quiere, en dos minutos...

Fra Carlos acarició la encendida brasa con la mano y ya de pie denegó:

—Hoy no puede ser. La confesión con la señorita es muy laboriosa y he de reservarme. No te impacientes; entras en turno y a no tardar llegará el momento de complacerte. No quiero engañarte: eres una real hembraza y me interesas. Fíjate si me interesas.

Y levantando el hábito puso ante los ojos encandilados de Gertrudis su enorme tranca en toda su pujanza y desapareció hacia las habitaciones privadas de Luisa.

* * *

En el saloncillo de confianza halló fra Carlos, como de costumbre, servido en una mesita japonesa, el café, la chartreuse y la caja con los habanos. Se acomodó en un montón de cojines acumulados en un ángulo, sorbió un poco de café, alumbró un veguero y aguardó con los ojos entornados a que acudiera la palomita en requerimiento de sus auxilios espirituales. Entretanto su mente vagaba por entre los muslazos de aquella endiablada Gertrudis que se le había metido ya al reverendo entre ceja y ceja.

—¡Qué mujeraza! — comentó para sí. — Esta es de las que vacian a un hombre de un meneo. ¡Qué culo! ¡Qué tetas! ¡Y qué peludota es la condenada! Para tomarle confesión hay que venir muy preparado. Aquel culo requiere la acumulación de todas las reservas. ¡Mucho culo para un hombre solo! En fin: Dios mediante, se hará lo que se pueda.

Pero el tiempo pasaba y Luisa no acudía. ¿Dónde diablos se habría metido la chiquilla? Un diminuto papel en el que no se había fijado, orientó al reverendo: "Estoy en el oratorio haciendo penitencia".

—¡Vaya capricho! — refunfuñó el fraile. — Estas niñas neuróticas siempre buscan lo más incómodo para realizar sus prácticas piadosas. ¡En el oratorio! ¡A ver si se empeñará en que digamos misa en pleno altar! ¡Viciosas que son! En fin...

De mala gana abandonó los almohadones y con paso lento se dirigió al oratorio.

Efectivamente: allí estaba Luisa arrodillada ante el altar. Vestía hábito blanco de novicia y ceñía el talle con un cilicio de cuero trenzado.

Fra Carlos se la quedó mirando ensimismado. Era talmente un ángel venido del cielo. La luz policroma del vitral daba a la albura del hábito tonalidades metálicas.

—¿Estás de penitencia? — preguntó el fraile pasándole la mano por los cabellos.

—Ya termino, padre. Ofrecí una novena a san Cornelio y la estoy cumpliendo.

—¿A san Cornelio? ¿Qué le pides?

—Consejo.

—Para eso estoy yo aquí, que sé algo más que los santos de aconsejar a las chiquillas.

—Se trata de una gran confusión que me atormenta y no me deja dormir tranquila.

—Yo te libraré de angustias. Deja tranquilo a san Cornelio y confía en mí.

—En seguida, padre. Ya acabo.

Luisa susurró unos rezos, se santiguó seis veces, se levantó y fuese hacia el fraile. Ya junto a él desciñó el silicio, lo entregó a fra Carlos, se levantó el hábito hasta dejar descubierto el culo y le pidió que le diera tres azotes.

—¿En el culo? No lo esperes. ¡Con lo bonito que lo tienes!

—Van ofrecidos en la novena y habéis de dármelos, padre.

—¿No sería lo mismo tres besos o tres mordiscos?

—Han de ser azotes y dados con firmeza.

—Es una atrocidad, pero, en fin...

Fra Carlos blandió el silicio y lo dejó caer sobre las nalgas de la nena.

—¡Más fuerte, padre! — exigió Luisa.

—¿Más fuerte? ¿Estás loca?

—¡Más fuerte! — insistió con voz de iluminada la chiquilla, violentando el culo.

—Te lastimaré.

—No importa. ¡Fuerte! ¡Qué deje cardenal!

Fra Carlos tomó aire y el silicio chocó violento contra la carne rotunda de las nalgas. Luisa cerró los ojos, se mordió los labios e imprecó con decisión:

—¡Más fuerte!

—¡Eso no puede ser! ¡Eso es una locura! —protestó el fraile.

—¡Ha de ser! ¡Más fuerte!

Un nuevo vergajazo hizo tambalear a la chiquilla, pero, firme en sus propósitos, volvióse de cara al padre, echó el regazo hacia adelante y ordenó:

—Ahora tres aquí.

Los ojos de fra Carlos se encandilaron. El sadismo había hecho presa de sus instintos y fueron tan furiosos los tres vergajazos que descargó que Luisa rodó por el suelo retorciéndose en colapsos dolorosos.

Fra Carlos quiso tomarla en brazos y llevarla a la cama, pero ella se negó:

—¡Dejadme! Quiero apurar todos los goces del dolor. Me he castigado por donde pequé. Es la única manera de absolverme a mí misma.

Fra Carlos se sentó y esperó a que pasara la tempestad neurótica que azotaba la mente de la pequeña.

Poco a poco fué recobrándose Luisa y al fin se incorporó. Con las manos palpaba las partes doloridas y en sus labios se dibujaba una mueca de dolor.

—¿Puede saberse a qué viene eso? — preguntó el fraile con severa acritud.

—Eso es cosa mía — repuso ella, levantándose no sin cierta dificultad.

—Te recuerdo que soy tu confesor, Luisa.

La muchacha revolvióse rápida.

—¿Mi confesor? ¿A mí con esas? ¡Anda y que te encule un gitano, garañón!

Fra Carlos no salía de su asombro. ¿Qué ma-

neras de hablar eran aquellas? ¡Que le enculara un gitano! ¡Vaya ocurrencia!

Sonrió bondadoso y con la mano llamó a la chiquilla.

—¿Qué quieres?

—Que hablemos.

—¿Nada más?

—Eso tú dirás.

—Digo que no quiero perder tiempo. ól viejo me ha puesto loca furiosa y necesito un buen manguerazo.

—Lo tendrás; eso ya sabes que es mi especialidad. Ven, angelito rebelde, ven, que quiero dulcificar un poco tus nervios. Siéntate aquí, en mi regazo y dime: ¿por que me has obligado a azotarte?

—Es una penitencia que me he impuesto a mí misma.

—Las penitencias son consecuencia de pecado: ¿cuál fué el tuyo?

—El de tener novio para casarme y dejar que tú me dejaras el moño y el culo como un estropajo.

—Eso no tiene importancia. Todas mis devotas se hallan en el mismo caso.

—Porque todas las mujeres somos unas cochinas y unas hipócritas y yo no quiero serlo.

—No veo la razón. Si después de pecar os confieso y os absuelvo al salir de mis brazos volvéis libres de pecado a los de vuestros maridos y de vuestros novios.

—¡Qué hatajo de sinvergüenzas sois los curas y los frailes!

—¡La confesión es unsacramento, Luisa!

—Y vosotros os lo colgáis de la tranca para ir sembrando el mundo de cabrones. ¡Bandidos!

—Me disgusta que hables así.

—Pues dejemos ese asunto. Dime: ¿qué te parezco hoy con el hábito de novicia?

—Como siempre: estás encantadora.

—¿Se te pondrá bien tiesa?

—Mira cómo estoy.

Fra Carlos hizo levantar a la nena, arremangóse el hábito y dejó al descubierto todo su armamento. El vergajo cabeceaba imponente. La bellota asomaba impresionante en la cima.

—¿La quieres más tieso todavía?

—La quiero como un hierro. Ya te he dicho que el viejo me ha puesto loca perdida y que necesito un refrancalmante.

—Creo que el mío no está mal. ¿Empezamos?

—¿Por dónde?

—Por la confesión.

—Bien, pero no aquí.

—¿Dónde, pues?

—Allí; en el altar.

Fra Carlos miró asustado a la niña.

—¿En el altar? ¿A qué extremos quieres llegar con tus locuras? Anda nena sosiégate y hagamos las cosas como Dios manda. Ven allí, en ese confesionario.

—He dicho que en el altar y me complaces o dejas desde ahora de ser mi confesor. Otros hay que aguardan vez.

—Eres una loca, pero en fin... Dios sabe que no está en mi intención ofenderle.

—Ni en la mía. Lo que no quiero son hipocresías. Confesaré y comulgaré.



--Nada. Quien ha de hacerlo soy yo

—Si esa estu voluntad.

—Y después de comulgar, me desposaré.

—Con Ramón. ¡Loado sea Dios que te ha tocado el corazón!

—Te equivocas, fra Carlos. No es con Ramón que me casaré.

—¿Con quién, pues?

—Con este — dijo con sencillez Luisa, señalando a un Cristo surgiendo del sepulcro que presidía uno de los altares laterales del oratorio.

—¿Monja? ¿Quieres hacer votos? ¡Ahora sí que bendigo a Dios y a todos los santos! ¡Jamás creí que me proporcionaras semejante alegría!

—No corras, padre, que no es eso. No he dicho que quiera ser monja, sino que quiero casarme. Nada más. Casarme. ¿Has comprendido?

—Pero con Cristo no se desposan más que las monjas.

—Alguna vez había de serle infiel a la Magdalena y tomar otra mujer.

—¿Puede saberse lo qué te propones? —preguntó con dureza fra Carlos, dejando caer el hábito y cubriendo sus atributos.

—Poca cosa: tú querías hacer cabrón a un hombre y yo quiero que le pongas cuernos a Cristo. Porque yo me casaré con él, pero tú, una vez casados, me gozarás en sus propias barbas.

Fra Carlos lividecié. Conocía a Luisa y sabía que realizaba cuanto se proponía. En un instante se hizo cargo de la situación y trató de amansar a la oveja rebelde con palabras dulces y persuasivas.

—Escucha, Luisilla. Ya sabes que yo he vela-

do siempre por ti como si fueras mi propia hija.

—Ignoraba que te dedicaras a desvirgar a tus hijas por delante y por detrás.

—No es eso; no me comprendes.

—Te comprendo y sé a lo que vas. No pierdas tiempo. Es inútil. Me tomarás confesión, pero hoy será sincera y completa. Me darás la hostia sagrada de la eucaristía y luego me desposarás con Cristo.

—Primero te extrangularé, víbora.

—Contaba con esto y me hallas prevenida.

Rápidamente tomó Luisa un diminuto revólver disimulado en el altar y con él encañonó al fraile.

—Siéntate en el banco del altar — ordenó imperativa.

Fra Carlos, asustado, acobardado, hizo lo que la chiquilla le ordenaba.

—Levántate el hábito y deja al descubierto tus "elementos" de confesor.

—Esto es un sacrilegio, Luisa.

—Si esto es un sacrilegio, dime, bandido, ¿qué nombre le das a un ministro de Dios que después de gozar durante tres años por cuantos lugares se pueda gozar a una mujer le aconseja que se case con otro y le engañe miserablemente?

Fra Carlos hizo un gesto ambiguo. Ella inquirió, con energía:

—¿Me tomas confesión?

—Loado sea Dios. Cuando quieras.

Luisa depuso su actitud de fiera ante la presa y se acercó sumisa al fraile. Se arrodilló entre sus peludas piernas, tomó el revólver con la izquierda, apoyó el cañón en las colgantes bol-

sas del confesor, se santiguó, rezó tres padrenuestros y musitó:

—Yo, pecadora, padre.

—¿De qué te acusas, hija?

—De haber dejado que un fraile vicioso se regodeara en mis carnes.

—Sigue.

—De haber permitido lo mismo al rector de San Damián.

—¿Qué estás diciendo, Luisa? — preguntó, asombrado fra Carlos.

La muchacha prosiguió, impasible:

—De haberme acostado también con el vicario y con otros cinco curas de la misma parroquia.

—¡Luisa!

—De haber accedido a las demandas libidinosas del prior del convento de aquel fraile que me desvirgó.

—¡Qué atrocidad!

—De haber visitado las celdas de otros treinta y cinco frailes del mismo convento.

—¡Recristo!

—De haber consentido que todos ellos me lo hicieran por delante, por detrás y por la boca.

—¡Yo creía que...!

—De haber recibido la visita de la abadesa de las Adoratrices y, después de acceder a lamerle el rincón más peludo de su cuerpo de vaca, acostarme con ella y gozarnos mutuamente.

—¡Corcholis!

—De haber realizado lo mismo con otras dieciséis monjas de la misma comunidad.

—¡Por los clavos!

—De haberme metido en la boca el báculo del señor obispo de la diócesis.

—¡Luisa, por Dios!

—Ya acabo, padre. De haber dado gusto a catorce canónigos y a dos sacristanes.

—¡Bomba!

—De haber desvirgado a trece monaguillos.

Luisa hizo una pausa y tomó aliento. Fra Carlos sudaba sangre escuchando a la chiquilla que creía ser solo a gozar. Viendo que la joven no proseguía, preguntó:

—¿No te acusas de nada más?

Luisa levantó la vista y miró al padre con fiereza

—De nada de esto me acuso. Me limito a mencionarlo por respeto a mi conciencia y a la mayor gloria de Dios. De lo que sí me acuso, padre, es de haber tolerado los consejos de todos estos cochinos sin escupirles en pleno rostro.

—¿Qué consejos fueron estos?

—Que continuara las relaciones con mi novio, que no le permitiera siquiera tocarme la mano, que me mostrara con él honesta, recatada y pudorosa y, en fin, que me casara con él poniéndole unos cuernos más altos que el Himalaya. De esto me acuso, padre, de lo otro, no, porque si me envicié fué acosada por los mártires de la santa iglesia.

—Bien, bien... Sosiégate, hija mía y deja que medite unos momentos.

—¿A qué meditar? Absuélveme, que a fuerza de oler y mirar este vergajo estoy hecha una fragua y quiero que me sueltes un buen manguerazo.

—Si esa es tu voluntad: *ego te absolvo*. En nombre del padre... del... Amén.

Luisa se santiguó, púsose en pie, se arremangó el hábito y mostrando a fra Carlos su ardiente brasa, demandó:

—Absuélveme esto.

—Luisa, hija mía...

—¡Es preciso!

—A. M. D. G. *Ego te absolvo*... En nombre del... Amén...

—Ahora la Eucaristía.

—¿Aquí mismo?

—No. En el centro del altar. Átate el hábito a la cintura.

—¡Dios mío, Luisa, a qué abismos de pecado me arrastras!

—Luego podrás hacer penitencia. Haz lo que te digo.

Fra Carlos dió una ojeada furtiva al revólver que continuaba empuñando Luisa y, resignado, fué a situarse en el centro del altar con el hábito recogido y sujeto a la cintura. Luisa hizo lo propio con el suyo y se arrodilló a los pies del *pater*.

—¿Ya sabes, Luisa — aventuró el fraile, muy serio — que eso que vamos a hacer nos condenará a fuego eterno?

—No me importa ir al infierno si sé que tú has de ir también. Piezas como esta, no creo que las hallara ni aun en el reino de Satanás. Iremos juntos y seguirás allí ensartándome. ¿Te parece bien?

—¡Qué locuela eres! En fin... Dios que lo ve todo y lo sabe todo, me perdonará.



El fraile calló y lamió

—Si Dios lo viera todo, ya estaría aquí

—¿Aquí? ¿Por qué?

—Porque la visión de mi culo ni Dios la resiste. ¿No opinas así?

Fra Carlos miró salazmente las nalgas de la nena y asintió con una sonrisa.

Durante el diálogo, Luisa iba manoseando hábilmente el colgajo y las bolsas del fraile que, por efecto del miedo, habían perdido sus opulentos arrestos y poco a poco iban renaciendo y animándose. Para acabar de dejar las cosas en su punto, Luisa se levantó, arqueó los muslos y mostrándole al fraile su brasa viva, exclamó, guiñándole un ojo:

—¿La tengo bonita, verdad?

—Como un rincón de cielo. ¡Quién iba a pensar que por aquí entrara más vergajo que el mío!

—Traquilízate, querido; por donde hayas paseado tú, los que vengan detrás no dejan huella. Eres el hombre mejor armado de cuantos he visto.

—¡No digas, que el padre prior!...

—Tiene lo suyo, cierto; pero tú le aventajas de mucho.

La nena se había arrimado al fraile con los muslos abiertos y el vergajo rozaba ya la enrojecida grieta y estaba tieso como una berenjena.

—¿Te la meto? — insinuó el fraile,

—No; primero la comunión.

—No seas así, Luisa.

—Es inútil. Quiero comulgar. Coge una hostia.

—¡Dios mío, Dios mío! Arrodillate y reza tres Avemarías. Abre la boca.

—No, no es así que la quiero. Con los dedos, no.

—¿Con qué voy a dártela,pues?

—Con esto.

—¿Con... con mi tranca?

—Sí. Pon la hostia aquí, en la punta.

—¡Luisa!

—¡Ponla!

—¡Perdónala, padre, que no sabe lo que se hace! Ya está. ¿Qué más he de hacer ahora?

—Nada. Quien ha de hacerlo soy yo.

Y poniendo los ojos en blanco, como presa de un éxtasis inmaterial, tomó entre los labios la blanca eucaristía y tras ella se amorró al vergajo del fraile.

—Procura primero engullirte la hostia — advirtió el padre.

La chiquilla no le hizo caso y comenzó a chupar desaforadamente, mientras con la mano libre masajeaba las repletas bolsas. Hubo al principio sinceras resistencias mentales en el fraile que se negaba a tomar parte en aquel monstruoso sacrilegio, pero pronto las dulces chupadas de la nena despertaron en él la bestia de la carne y tomando con las manos la testa de la chiquilla le hundió todo el vergajo en la boca.

—¡Ahora, fra Carlos—barbotaba ella sin abandonar la presa,—dame la eucaristía! ¡Limpia mi boca de pecado!

—Sí... sí... toma, nena, toma... la euca...ristía... la eucaristía...

Y tambaleándose como un pelele, le soltó un

chorro impetuoso que ella apuró hasta la última gota.

—¡Ya está! — dijo ella levantándose. — Ya mi boca quedó limpia de pecado. Ahora lo otro.

Y de un salto de gacela se sentó sobre el tablero del altar.

—¿Qué pretendes?

—Ya lo verás. Arrodíllate.

Se arrodilló fra Carlos; Luisa afianzó los tacones en el borde del tablero, separó las piernas y ofrendó al fraile su flor de granado.

—¿Qué quieres?

—Primero que me lo limpies.

—¿Con qué?

—Con la lengua.

—Ya sabes que yo no hago eso. Llama al viejo.

—Hoy has de ser tú.

—No lo hice en mi vida.

—Pero lo harás hoy.

Una ojeada al revólver, convenció al fraile y, resignado, sus barbazas fueron a enredarse con los negros rizos del matorral de la nena.

—Bien limpia por dentro y por fuera.

—¿Por dentro, también?

—¡Claro! Por dentro es por donde peca. ¡Mete la lengua, fraile del diablo!

Nueva resignación. La hermosa flor abre sus pétalos y fra Carlos mete la lengua dentro.

—¡Hunde el estropajo y muévelo! ¡Limpia lo que has ensuciado, fraile cochino! ¡Límpialo! Restrega fuerte. Busca los rincones. Así. Basta. Descansa.

Pero el fraile le había tomado gusto a la labor y propuso con timidez:

—No estoy cansado... si quieres . por mí puedo seguir...

—Seguirás, pero por aquí — repuso la chiquilla dando una rápida voltereta y colocándose de bruces sobre el altar y ofreciendo el culo al fraile.

—¿Qué quieres decir, Luisa?

—Que me metas la lengua en el culo. Que me lo limpies.

—¡Eso no lo hago, ea!

—No apures mi paciencia que el dedo se me está moviendo nervioso en el gatillo.

—Eres terrible.

—¡Lame y calla, desvirga devotas!

El fraile calló y lamió. La lenguaza bovina recorrió el velludo regato y hurgó en el oscuro pocillo hasta que Luisa se dió por satisfecha.

—¡Basta, fraile! Ya lo tengo bien limpio. Ahora toma la epístola de san Pablo y échanos la bendición a mí y a este primo *alumbrao* — dijo señalando al Cristo en *resurrexit*.

—¿Hasta dónde me vas a llevar, Luisa?

—Tú lo has dicho: hasta el infierno, que es tierra de calientes, como tú y yo.

—Me resigno, Luisa, pensando en que El las pasó más amargas y más duras.

—Más amargas, no lo sé, pero más duras que yo, te aseguro, frailazo, que ni Cristo las ha pasado. Anda: échanos la epístola.

Luisa tomó con la diestra el revólver y juntó la siniestra a una mano de su futuro esposo. Fra Carlos barbotó los clásicos versículos de la epístola y Luisa cuidó de dar el sí por ella y por su mudo cónyuge.

Luego, de un zarpazo, se quitó el hábito y ordenó al fraile que hiciera lo propio.

—¿Todavía más, Luisa?

—¡Si ahora viene lo bueno, hijo mío de mi alma!

—¿Qué te propones?

—Ponerle cuernos de ciervo a mi marido y en sus propias barbas.

—No seas así, Luisa. Haré cuanto quieras, pero fuera de aquí, en la cama. No me obligues a hacer cosas que repugnan a mi conciencia.

—He dicho y repito que hemos de hacerle cabrón en sus propias barbas.

—Eso es una atrocidad. Tú no tienes derecho a...

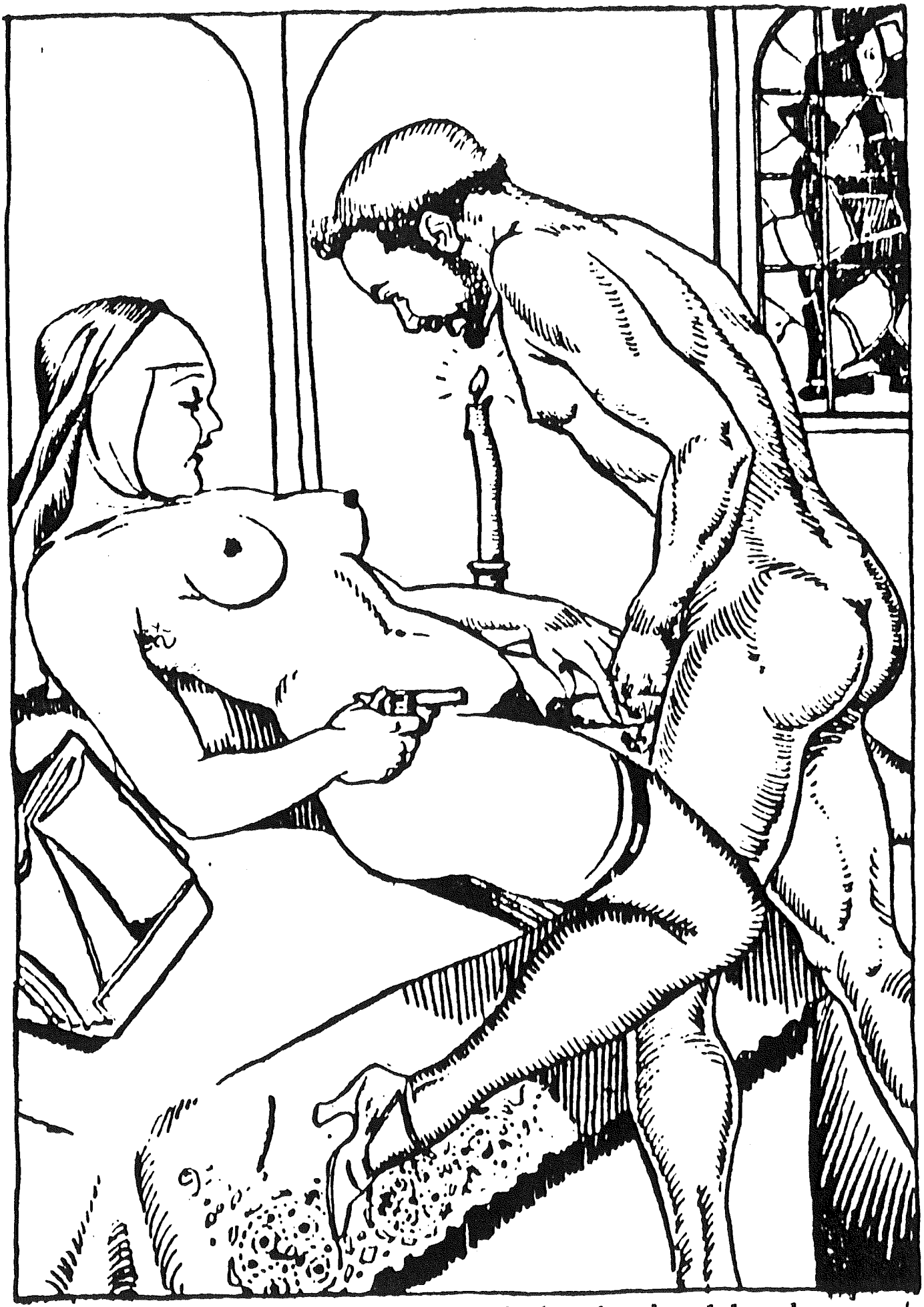
—¡Quítate el hábito, barbazas! ¡Aprisa! — ordenó Luisa apuntando al fraile con el revólver.

—Bien... bien... no juegues con eso que se te puede disparar — barboteó el fraile quitándose rápidamente el [illegible] y quedando también al pelo

—¿Decías que eso es una atrocidad? Quizá lleves razón, pero voy a recordarte una insinuación que me hiciste la semana pasada, digna del sátiro más vicioso que haya existido en el mundo.

—¿Yo?

—Tú, sí. Recuerda: "Tú te casas con Ramón — me decías — y el día de la boda, vestidita de novia, antes de ir al altar, pedirás una postrera confesión. Yo te haré entrar en mi celda del convento porque os casaréis allí, y mientras Ramón espere fuera de la celda, nosotros, dentro,



Luisa se dejó resbalar hacia el borde

le encabronaremos por delante y por detrás. ¿Lo harás? ¡Si supieras lo delicioso que es esto! Todas mis devotas han querido pasar por esta última confesión. La celda tiene una mirilla con celosía muy espesa y desde dentro mientras ensarto a las novias, estoy viendo al idiota del novio con la velita en la mano y paseándonos la puerta. ¡Así da gusto encabronar a un hombre! ¿Querrás tú también, Luisilla?"

—No es lo mismo lo que yo proponía y lo que deseas tú. No te das cuenta de lo que haces, Luisa. ¡Es horrible! ¡Horrible!

—De todas maneras, *pater*, veo que tu verga está más tiesa que un palo telefónico.

—No lo puedo evitar viéndote desnuda. ¡Eres tan hermosa, Luisilla, tan tentadora!

—Pues tráete el estuchito de las hostias y despacha, que esto me escuece mucho,

—¿Las hostias? ¿Qué quieres hacer con las hostias?

—Darles la comunión a mis dos hornacinas y dejarlas limpias de pecado como una patena.

—Lo dicho: loca de remate.

—Quizá sí, pero más castiza que un chato de Jerez. Anda, rico, coge las hostias y un escabel y dales la comunión a estos dos agujeritos que tanto han pecado y tan arrepentidos están.

De un brinco ganó de nuevo Luisilla el altar y se colocó en él sentada y con los muslos abiertos. Fra Carlos miró absorto el espectáculo y soltó un bufido.

—¡Qué empeño en condenarse para *in eternum!* — masculló tomando la cajita de las hostias y dirigiéndose al altar. Ya allí, preguntó:

—¿Qué he de hacer, diabla?

—Lo natural: metérmela.

—¿Metertela? ¿Así? ¿No comprendes que no alcanzo?

—Ya te he dicho que cogieras un escabel.

—Será muy incómodo, mujer.

—Será lo que quieras, pero será así. Además: ¿no te ilusiona metermela así, en el altar? ¡Mira qué hermoso lo tengo! ¡Como late mi moñito! ¡Qué ganas tiene de que tú le metas la trompa!

Luisa, espatarrada, ofrendaba el regazo al fraile y con los dedos hurgaba en la grieta para enardecerlo. Fra Carlos resoplaba como una foca.

Ya montado sobre el escabel apuntó la tranca y se dispuso al ataque.

—¡Alto — advirtió Luisa. — Dame una hostia.

—Ahí las tienes todas, hereje.

La nena tomó una y la colocó sobre su rajita.

—Empieza — ordenó.

—La hostia estorba. Quítala.

—Métela dentro. Ya te he dicho que quiero que mi almejita tome la eucaristía.

—¡Luisa!

—¡Empuja, mastodonte!

Sudando y resoplando apuntó el fraile la tranca, cerró los ojos y embistió. Luisa se dejó resbalar hacia el borde del altar para que la porra entrara por completo.

—¡Empuja! ¡Fuerte! ¡La quiero toda! ¡Así! ¡Qué tremenda la tienes, *pater!* ¡Me llegas hasta las entrañas! ¡Qué bien! ¡Qué cuernos le estamos poniendo a mi marido! ¡Anda, frailazo, encabrona a este bendito que nos está mirando!

¡Húndela bien! ¡Así! ¡Hasta las bolsas! ¡Ahora la eucaristía! ¡Dámela! ¡Un buen chorro! ¡Venga el manguerazo!

—Sí... sí... toma.

—¡La eucaristía!... ¡Qué dulce! ¡Suéltala!

—¡Ahí va! ¡Te la doy!

—¡Oh! ¡Qué chorro! ¡Cómo me inundas!

—Toda... toda... la euca... no... no la eso... ¡El manguerazo... el manguerazo!...

* * *

Descansaron un momento sin cruzar palabra. Fra Carlos, sentado en un rincón del oratorio, rezaba y se golpeaba el pecho. Luisa, delante de él, con una toalla se secaba la entrepierna...

—¡Vaya comunión me has echado, *pater!* — decía ella con cinismo, mostrándole al fraile su huchita ya bien seca. — ¡Ahora sí que está limpia de pecado!

—¿Puedo retirarme, Luisa? — aventuró fra Carlos, que por momentos se iba dando cuenta de los sacrilegios que la chiquilla le obligaba a realizar.

—¡No! Las cosas hacerlas bien o no hacerlas.

—¿Qué quieres ahora? ¿No estás contenta todavía?

—Quiero que me metas la eucaristía en el culo.

—¡Yo no hago eso!

—Tú haces lo que se te mande y sin chistar. Anda, rasgavirgos, ya puedes empezar.

Esta vez Luisa se colocó acodada en el altar y ofrendó el culo bien regañado al *pater*. Fra Car-

los no pudo resistir la visión y se dirigió a la muchacha puya en ristre para atacarla. Luisa, rápida, se cubrió el ojo del culo con una hostia y el fraile, ciego de lujuria, se la metió dentro de un solo golpe.

—¡Ladrón! — chilló Luisa mordiéndose los labios al sentir el puyazo. — ¡Vaya manera de administrar la comunión!

—¿Te hice daño?

—No importa. ¡Adelante con los borlones!

Rugía el fraile como una foca. Sus garras se hincaban en las colgantes tetas de la nena y ella meneaba el culo enloquecida por el deleite.

—¡Dame bien, barbazas! ¡Dame la eucaristía por el culo! ¡Métemela hasta lo más hondo!

—¡Tómala, hereje! ¡Tómala, malvada! ¡Así te lo dejara hecho un guiñapo!

—¡Suéltame el chorro fraile diabólico! ¡Dame tu néctar eucarístico! ¡Dámelo!

—¡Tómalo! ¡Ya!

—¡Oh! ¡Qué bueno, qué dulce!... ¡Qué manera de hacerle cabrón! ¡Oh, cómo gozo! No puedo más... no puedo... no puedo... pero no importa... ¡Métemela más! ¡Agárrate a mis ingles! ¡Limpia de pecado este culo mío que tantos cometió! ¡Anda, frailazo de la dicha gorda, déjame bien comulgada! ¡Toma mi culo bien abierto, tómalo... tómalo!...

Locos, arrastrados por todos los diablos de la lujuria, rodaron el fraile y la viciosa por el suelo y allí quedaron desmadejados, sin aliento, durante más de media hora.

El primero en recobrarse fué fra Carlos. Luisa continuó como aletargada al pie del altar.

Poco a poco, las luces del entendimiento hicieron comprender al fraile las enormidades que había hecho y considerándose irremisiblemente perdido por toda la eternidad, cayó de rodillas ante el Cristo y levantó en alto los brazos en demanda de perdón. Al esparcir la mirada, dióse cuenta de que en la mesa del altar había el revólver abandonado allí por Luisa y lo tomó nervioso, excitado.

—¡Ahora mismo vas a pagar tus culpas, malvada! — exclamó encañonando a Luisa con la pistolita.

Ella abrió los ojos, miró impasible el arma y en un delicioso desperezo, aclaró:

—No seas bobo que el revólver no tiene carga.

Fra Carlos tiró el arma, rabioso, y desapareció del oratorio con el hábito en la mano.

V

LUISITA VISTA POR DENTRO

Y ahora va a conocer el lector la razón por la cual hemos querido adjudicar a nuestra protagonista el gentil remoquete de "El Pájaro Azul".

Jovencísima, mejor diríamos una niña, cuando quedó huérfana, sus tutores, don Simón y fra Carlos, para adueñarse de su voluntad, para hacerla su esclava, la iniciaron en toda suerte de corrupciones. Ya en la pendiente de los goces sexuales, puso ella de su parte cuanto supo para irle sacando a la vida cuanto de bueno le ofreciera. De ahí sus amistades libidinosas con frailes, monjas, cardenales y toda la fauna de cuervos que la rodeaba, atentos más que al goce de la carne, al botín que representaba su cuantiosa fortuna.

Ya en edad de tener novio, tropezó con Ramón, muchacho del que ella se enamoró sinceramente y entró en relaciones con él. Hizo cuanto pudo el fraile para disuadirla de sus proyectos de boda, pues la misión a él confiada era de inducirla a tomar hábitos para así apoderarse de su herencia.

Luisa alegó no sentir vocación y planteó su decisión clara y terminante de casarse con Ramón al llegar a la mayoría de edad.

No tuvo más remedio el fraile que aceptar lo que la chiquilla estaba decidida a llevar a cabo al recobrar la libertad de sus acciones y se limitó a hundirla más y más en el vicio, seguro de que así, por temor a que hablara, la tendría siempre bajo su dominio.

A medida que Luisilla iba dándose cuenta de su situación y del horrible engaño de que iba a hacer víctima a su prometido, se apoderaba de ella una indecible tristeza. Ella quería a Ramón y precisamente porque le quería, se resistía a hacer de él un guiñapo, un cabrón. Confesarle la verdad, equivalía a perderle, porque Ramón era un hombre digno. Casarse con él sin explicarle cuanto había ocurrido, era más que una infamia, un crimen.

Pero como Luisita no había nacido para infame y mucho menos para criminal y como, además — y ese además es el además de los ademases — no le parecía bien tomarse la vida en trágico, hizo una priueta mental, comprendió que las descomposturas de su cuerpo juncal no tenían arreglo y se dijo a sí misma, con la frescura del esquimal que se toma un sorbete:



Fra Carlos no pudo resistir la visión

—¡A vivir!

Y vivió. ¡Vaya si vivió! Ahora lo verán ustedes con todos los pelos y señales.

* * *

—No sé; no lo entiendo...

—¿Qué es lo que no entiendes, Gertrudis?

—Eso: que te empeñes en ponerte estos pantalones de hilo tan estrechos. ¡Si son de cuando eras una chiquilla, mujer!

—Caprichos míos, Gertrudis.

—Caprichos, caprichos... ¡Pero si no te entran, condená!

—Ya entrarán. ¿Sabes el cuento de la hormiga y el elefante?

—¿Cuento? No sé. Ya sabes que yo no leo los papeles.

—Los papeles, no; pero en tu mesa de noche vi el otro día unos librotes...

Gertrudis quedóse muda al saberse descubierta por su señorita. ¿Cómo diablos había ido a meter las narices en sitio tan reservado como es una mesa de noche?

—No... pues... te advierto que esos libros...

—Mira, Gertrudis, déjate de simplezas y confiesa que cuando a una le pica el... eso, con algo ha de rascarse.

—Si no es que me pique, mujer. Es que...

—¿Qué? — afrontó Luisa acorralando a su ama de llaves.

—No... nada...

—Mira, no busques justificar lo que no tiene

más justificación que el picor o el escozor y tira *pa* arriba estos pantalones.

Con los dedos cogió Gertrudis la cinturilla de los diminutos pantalones y a favor de un movimiento gimnástico de Luisa logró encajarlos en la entrepierna de la chiquilla.

—¡Olé! ¡Vivan las colegialas! — celebró la nena mirándose al espejo con el diminuto culot adaptado como una piel a su vientre, a sus ingles y a sus rotundas nalgas.

—Pero, mujer, eso no está bien.

—¿Qué es lo que no está bien? ¡Ni *pintaos*, mujer, ni *pintaos!*

—¡Qué escándalo! ¡Si por arriba y por abajo se te ven...!

—¿Qué?

—Eso... fíjate...

—¿Los pelos? ¡Juiuy! Con lo azabachados y rizaditos que los tengo! ¡Fíjate, Gertrudis, fíjate!

—¡Qué cosas, Dios Santo, qué cosas!

* * *

Hemos llegado al desenlace y *el pájaro azul* va a volar. Lo lamentamos para nuestros lectores pero no queda otro camino.

Resumen: Luisilla, se la dejó meter toda, lo que se dice toda, por su novio, que creyó que la pequeña le había entregado su virginal virguito. ¿Por qué creyó eso? Porque la nena se la dejó introducir, con los pantalones puestos, por la angosta pernera, y como ésta era tan estrecha y quedaba tan pegada a la huchita de la nena, el

hombre creyó que lo estrecho no era el pantalón, sino la almejilla de su novia. ¡Qué buena, qué juiciosa era nuestra encantadora Luisa! ¡Qué abnegación la suya! Quería a Ramón y se empeñó en dejarle en la ilusión de que la había desvirgado.

Logrado esto, preparó un maletín, en el que se limitó a colocar unos cuantos billetes de esos tan grandotes, y ya con las manos en el volante de su imponente "Mercedes-Benz", entregó a Gertrudis tres cartas, al tiempo que le decía:

—Voy a dar una vueltecita por el mundo. Si tardo un poco, no te extrañes. Esa será señal de que estoy bien. Adiós.

Las tres cartas decían:

Una:

Ramón: Alma mía. No te cases. Sé feliz con cuantas mujeres puedas. Te quiero. No te olvidaré nunca; pero... ¡Adiós, guapo! Este retrato es para que de vez en cuando te lo hagas a mi salud. Tu Nena.

Otra:

Barbazas: Tienes una tranca inolvidable, pero no me la meterás más en el culo. Te recomiendo el de Gertrudis. La pobre te lo dará en seguida porque se encuentra en una gran necesidad. Cuando te canses de empujarla, lo dicho: que te encule un gitano... con un higo chumbo. Nota: no pescarás ni una peseta. Me las gastaré en chulos. Adiós, rasgavirgos. Hasta el Infierno. Luisa.

La última:

Viejo: Búscate manantial. Me las piro. No me robes mucho y si te portas bien te guardaré un chorrito para cuando vuelva. Sisilla.

* * *

No hubo más. El pájaro voló sin dejar más señas.

Quizá algún día volvamos a dar con él para felicidad de nuestros castizos lectores. Abur.

F I N

EL LIBRO MAESTRO DE

LA LITERATURA GALANTE

CASATE, NENA, CASATE

FORMIDABLE ILUSTRACION

GRANDES LAMINAS

COPIOSA LECTURA

PRECIO 5 PESETAS

PIDALA A SU QUIOSQUERO